



CRÍTICA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

**CLASE E IDENTIDAD EN
EL NEOLIBERALISMO**

**Francisco Gaitán
Emmanuel Rodríguez
Guillermo García Torres
María Fernanda Rodríguez
Charlie Moya
Isidro López
Kike España
Escuela de las Periferias**

**CUADERNOS DE
ESTRATEGIA núm. 4**

En nombre de la Tierra y sus criaturas.

Por una nueva ecología política

Isidro López Hernández

¿Que ha sido de la ecología política?

La historia de los movimientos de la segunda mitad del siglo XX, los llamados entonces «nuevos movimientos sociales», se puede resumir como la ocupación progresiva de los espacios de conflicto que el movimiento obrero iba dejando atrás en su gradual asimilación al aparato de los Estados de bienestar keynesiano-fordistas. A medida que los grandes sindicatos pasaban a ser parte de la negociación colectiva y la orientación revolucionaria del movimiento obrero se iba perdiendo en favor del «pragmatismo» de los salarios directos e indirectos, el amplio espectro de las luchas feministas, antiimperialistas, urbanas o ecológicas anteriores a las dos guerras mundiales caía fuera de su ámbito de preocupación. La excepción notable fue la llamada «autonomía obrera», que precisamente se levantó contra partidos y sindicatos socialdemócratas y/o comunistas en nombre de las tradiciones obreras revolucionarias.

En el caso de los movimientos ecologistas, en esa misma segunda mitad del siglo XX apareció este nicho debido al abandono progresivo del interés por el marco natural y territorial en el que, necesariamente, se desenvuelve el conflicto capital-trabajo. Precisamente en su papel de actores

principales de la negociación colectiva en el interior del Estado, los grandes sindicatos fordistas pasaron a formar parte de las grandes coaliciones pro-crecimiento que aún hoy, si bien cada vez de forma más residual, gobiernan los procesos laborales en Europa y Estados Unidos. En la medida en que el fin último de la política revolucionaria era la transformación sistémica, las organizaciones que reclamaban tal cosa estaban obligadas a pensar en modelos de nueva sociedad. Cuando el fin último de la política de clase obrera pasó a ser negociar la distribución del, entonces amplio, excedente generado por la productividad del trabajo, la obligación de las organizaciones de clase obrera pasó, a su vez, de pensar utopías a pensar cómo defender lo existente.

Los profundos cambios culturales y políticos que agrupamos bajo el signifiante «1968», se pueden pensar como el momento en el que la imaginación utópica pasó de residir solamente en los movimientos políticos de la clase obrera a expandirse por el universo de lo contracultural. Y desde ese universo, en sus cambiantes y ambivalentes formas, la utopía ha mantenido una suerte de relación pendular de atracción / repulsión con el activismo político formalmente organizado.

La reconexión con la «naturaleza», sin que el término tenga la menor unidad de contenido, es quizá la gran utopía *hippie*. En Estados Unidos, los epicentros californianos del primer ecologismo, *Sierra Club* o *Earth First!*, produjeron un discurso biocéntrico y conservacionista centrado en la protección de los grandes espacios «salvajes» del oeste de EEUU.¹ Este punto de vista no tardó en encontrar una respuesta que vinculaba luchas sociales y luchas ecológicas desde una matriz anarquista en el Instituto de Ecología Social de Murray Bookchin, situado nada casualmente en el estado de Vermont,

¹ Las leyes conservacionistas y antipolución de California, la *Wilderness Act* (1964) y la ley federal *Clean Air Act* (1963) proceden directamente de los movimientos ecologistas californianos de primera hora. El vertido de petróleo en Santa Barbara, cerca de Los Angeles, fue la base para la *California Environmental Quality Act* de 1970. También en los años sesenta, los movimientos urbanos contra el desarrollo inmobiliario de la bahía de San Francisco lograron la creación en 1965 de la *San Francisco Bay Conservation and Development Commission* (BCDC) un primer experimento de planificación territorial con criterios ecológicos.

el santuario *hippie* de la Costa Este. Este choque de visiones acerca de lo que debía ser el naciente movimiento ecologista dio lugar a un durísimo debate político entre la *Deep Ecology* californiana y la *Social Ecology*² de Vermont, que duró una década y que aún resuena en algunos debates actuales. En Europa, sin embargo, la genealogía del movimiento verde es algo diferente. En concreto, el nacimiento del Partido Verde (*Die Grüne*) como autodenominado «partido anti-partidos» proviene directamente del movimiento pacifista y del '68 alemán.³ La oposición a la colocación de misiles nucleares *Pershing II* y el rechazo a la energía nuclear fueron los motores del nacimiento de los verdes alemanes como fuerza ecologista procedente de una versión propiamente alemana del pacifismo.⁴

La hibridación entre el primer ecologismo y la fuerza de los movimientos anticoloniales y antiimperialistas, con el rechazo masivo de la Guerra de Vietnam como expresión más visible, dio como resultado el nacimiento de un enfoque

² En palabras del propio Murray Bookchin ya en los años setenta en la publicación del Instituto de Ecología Social de Vermont: «No considero a las personas como un cáncer para el planeta; el verdadero cáncer que aflige al planeta es el capitalismo y la jerarquía. No creo que podamos contar con oraciones, rituales y buenas vibras para eliminar este cáncer; creo que tenemos que combatirlo con todo el poder que tengamos»; véase Dave Foreman y Murray Bookchin, *Defending the Earth: A Debate*, Montreal / Nueva York, Black Rose Books, disponible online en <https://theanarchistlibrary.org/library/murray-bookchin-and-dave-foreman-defending-the-earth-a-debate#toc10>

³ Para hacerse una idea de los principios políticos de *Die Grüne* baste citar que su Congreso de Karlsruhe en 1980 establecía cuatro pilares para su acción política: a) sabiduría ecológica; b) democracia de base; c) justicia social; y d) no violencia.

⁴ Si hay que buscar las influencias intelectuales profundas de *Die Grüne* se pueden encontrar en los escritos de Gunther Anders. Anders argumentaba que la humanidad sufre una desajuste fundamental, la «fractura prometeica»: nuestra capacidad tecnológica para crear y destruir (por ejemplo, armas nucleares) ha superado con creces nuestra capacidad emocional e imaginativa para comprender las consecuencias de nuestras acciones. Según Anders, somos capaces de imaginar el fin del mundo pero no los más simples pasos para prevenirlo. G. Anders, *La obsolescencia del hombre. Vol. I: Sobre el alma en la época de la segunda revolución industrial*, Valencia, Pre-Textos, 2011.

llamado «ecología política». Este nuevo enfoque procedía de varias fuentes. Las teorías de la dependencia,⁵ vinculadas al antiimperialismo y los movimientos de liberación nacional, tenían su expresión teórica más sofisticada en la Escuela de los sistemas-mundo de Wallerstein y Arrighi.⁶ La propia ecología social anarquista de Murray Bookchin⁷, y más tarde los escritos de Barry Commoner,⁸ apuntaban a un ecologismo que necesariamente tenía que ser anticapitalista si quería tener fuerza transformadora real. En el campo más académico, la antropología ecológica de Roy Rappaport y Julian Steward⁹ extendía el concepto de ecología hasta convertirlo en una antropología materialista que incrustaba las formas de vida tribales y precapitalistas en los ecosistemas a los que pertenecían. También desde el campo de la antropología, aunque desde una posición mucho más ambiciosa, la contribución de Gregory Bateson, *Pasos hacia una ecología de la mente*, es fundamental para entender un texto único en su apuesta por la *ecosofía* como es *Las tres ecologías* de Félix Guattari;¹⁰ en

⁵ Dentro de una gama bastante variada de posiciones, el enfoque de la dependencia enfatizaba el drenaje constante de valor de la periferia al centro del sistema capitalista. La desvalorización de la fuerza de trabajo y de los recursos naturales y energéticos de las colonias se señalaba en todos los casos como manifestación de este drenaje continuo de valor. Algunos títulos son S. Amin, *La acumulación a escala mundial. Crítica de la teoría del subdesarrollo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2020 [1970]; W. Rodney, *Cómo Europa subdesarrolló a África*, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 2021 [1972]; E. Williams, *Capitalismo y esclavitud*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2011 [1944]; R. M. Marini, *Dialéctica de la dependencia*, Ciudad de México, Era, 1973.

⁶ G. Arrighi, *The Geometry of Imperialism: The Limits of Hobson's Paradigm*, Londres, NLB, 1978; I. Wallerstein, *El capitalismo histórico*, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 1988.

⁷ M. Bookchin, *La ecología de la libertad: El surgimiento y la disolución de la jerarquía*, Madrid, Capitán Swing, 2021 [1984].

⁸ B. Commoner, *El círculo que se cierra: Naturaleza, hombre y tecnología*, Barcelona, Plaza & Janés, 1972.

⁹ R. Rappaport, *Cerdos para los antepasados: El ritual en la ecología de un pueblo en Nueva Guinea*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2007 [1968]; J. Steward, *Teoría del cambio cultural: La metodología de la evolución multilineal*, Urbana, Universidad de Illinois, 1955.

¹⁰ G. Bateson, *Pasos hacia una ecología de la mente: Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*, Buenos Aires, Editorial Lumen, 2006; F. Guattari *Las tres ecologías*, Valencia, Pre-Textos, 1996.

este texto se integran las dimensiones ambientales, sociales y mentales de la ecología en un proyecto de emancipación apenas esbozado y, tristemente, no continuado tras la muerte de Guattari.

Entre mediados de los años setenta y mediados de los años ochenta aparecen una serie de trabajos pioneros que se reclaman parte de la ecología política. Aunque el término había sido utilizado en los años treinta, fue un antropólogo, Eric R. Wolf,¹¹ quién utilizó conscientemente el término «ecología política» ya con el ecologismo convertido en un «nuevo movimiento social». En su análisis, Wolf sitúa las estructuras de propiedad capitalistas en el corazón de la ecología realmente existente y, enlazando con la tesis de su obra central, *Europa y la gente sin historia*, vincula la entonces incipiente crisis ecológica a la sumisión colonial del planeta ante las fuerzas de la expansión capitalista. Profundizando esta visión, Michael Watts¹² examinó la crisis alimentaria de la década de los años setenta en el Sahel de África Occidental, particularmente en el norte de Nigeria. Watts, inspiración pionera para el monumental *Los holocaustos de la era victoriana tardía* de Mike Davis,¹³ argumenta que las hambrunas no son meramente desastres naturales, sino fenómenos socialmente producidos, arraigados en las estructuras políticas y económicas. Las hambrunas, en última instancia, revelan cómo la sociedad, la política y los mercados funcionan bajo presión. Los trabajos de Piers Blaikie en los años ochenta acerca la especificidad capitalista de la degradación progresiva del suelo en el Nepal colonial completarían esta primera tanda de trabajos adscritos explícitamente a la ecología política en tanto ecología integrada en los sistemas de poder capitalistas.¹⁴

¹¹ E. R. Wolf, «Ownership and Political Ecology», *Anthropological Quarterly*, vol. 45, núm. 3, 1972, pp. 201-205.

¹² M. J. Watts, *Silent Violence: Food, Famine, and Peasantry in Northern Nigeria*, Athens, University of Georgia Press, 1983.

¹³ M. Davis, *Los holocaustos de la era victoriana tardía: el Niño, las hambrunas y la formación del Tercer Mundo*, Valencia, PUV, 2006.

¹⁴ P. Blaikie, *The Political Economy of Soil Erosion in Developing Countries*, Londres, Longman, 1985.

Salvo algunas excepciones,¹⁵ la ecología política ha ido perdiendo pie en unos debates cada vez más desvinculados de la política antagonista. El debate entre Green New Deal y decrecimiento sería el punto cualitativamente más bajo y de mayor confusión en el campo que un día fue el de la ecología política materialista; a analizar sus límites se dedicará buena parte de este artículo. Sin embargo, quizá como preludio de una transformación general de la sensibilidad, en 2015 y 2016 se publicaron dos trabajos que han abierto una nueva era para el discurso de la ecología política: *Capital fósil* de Andreas Malm y *El capitalismo en la trama de la vida* de Jason W. Moore.¹⁶

Dos hipótesis bien diferentes, la de Malm cercana al determinismo energético, y la de Moore como una actualización de la tesis de los sistemas-mundo ahora convertidos en ecologías-mundo que se construyen a partir del impulso incesante del capital por apropiarse de trabajo no pagado humano y no humano. Malm enfatiza el papel de los combustibles fósiles en la acumulación de capital y en las luchas de clases, mientras Moore, que critica con dureza la dualidad sociedad / naturaleza de origen cartesiano, propone una lectura histórica de la crisis ecológica. De alguna manera, este artículo se sitúa en las líneas trazadas por este renacer de la ecología política, con la diferencia de que aquí consideramos que ningún análisis teórico vale para gran cosa si no hay movimientos que pongan los análisis teóricos en un marco de táctica y estrategia política para la transformación.

Todos estos trabajos adscritos a la ecología política tienen en común el poner el análisis materialista en general, y

¹⁵ Habría que citar aquí los trabajos de Joan Martínez Alier en el desarrollo del concepto de «ecologismo de los pobres». Estos trabajos, aunque lastrados por el maltusianismo declarado del autor y completamente centrados en las comunidades tradicionales del Sur global, al menos intentan dar una dimensión de clase y antagonista a la ecología política. J. Martínez Alier, *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración*, Barcelona, Icaria, 2005 (6ª ed., 2021).

¹⁶ A. Malm, *Capital fósil: El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*, Madrid, Capitán Swing, 2020 [2016]; J. W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020 [2015].

el marxista en particular, dentro de la dinámica de los territorios y ecosistemas en los que se desarrollan las relaciones de producción y poder que configuran las sociedades humanas, y que, a su vez, determinan la dinámica de los ecosistemas. El enfoque de la ecología política, en su sentido quizá más indiferenciado y básico, aquel que nos recuerda que el capitalismo histórico se desenvuelve necesariamente en el medio físico y territorial, es indispensable para entender nuestro mundo político. Lo era a principios en los años setenta y en los años ochenta del siglo pasado, y lo es ahora más que nunca.

El problema de las escalas: bajar a lo global, subir a lo local

Precisamente una de las aportaciones más sólidas del ecologismo de los años setenta, fue señalar una crisis global que opera por encima de las fronteras de los Estados nación, permanentemente rediseñadas en las guerras y los pactos que de ellas se siguen. El naciente ecologismo afirmó rotundamente que los sujetos políticos que harían posible la superación de la crisis ecológica serían, nada menos, el planeta y sus criaturas.

Como se ha podido comprobar, señalar la escala necesariamente planetaria de la crisis ecológica, lejos de resolver el problema político, lo ha amplificado, dado que los humanos vivimos en un territorio dividido, fragmentado y determinado por las dinámicas de poder de los Estados nación capitalistas. Y el problema no consiste en que no haya instituciones globales que se muevan en los parámetros de la crisis ecológica. Desde el Banco Mundial a la OCDE pasando por la Unión Europea y todas las agencias de la ONU habidas y por haber, han hecho suyos los compromisos de las Cumbres de Kioto y París. Las COP anuales serían la materialización de este modelo.¹⁷

¹⁷ Las COP (Conferencia de las Partes) son las cumbres anuales de la ONU que se celebran desde 1995 donde casi todos los países del mundo se reúnen para negociar compromisos para detener el cambio climático. Las más célebres serían la COP3 de Kioto de 1993 en la que se alcanzaron los Acuerdos de Kioto por los que los países «desarrollados» se comprometían a reducir sus emisiones de CO₂ y la COP21 de París en 2015, donde se sitúa el objetivo de limitar el calentamiento global a 2° por encima de los niveles preindustriales.

En realidad desde el principio este tipo de foros se pensaron como extensiones de las negociaciones comerciales transnacionales, tipo GATT o OMC. No suponen el menor desafío al sistema de Estados nación capitalistas y, por lo tanto, bajo la apariencia de una concertación de intereses, lo que estas cumbres anuales han creado es un mecanismo de legitimación para la reproducción capitalista bajo una capa de intervención «realista». Sin duda, los informes del IPCC vinculados a estas cumbres han difundido lo mejor de la ciencia del clima y han tenido un enorme impacto a la hora de construir simbólicamente el objeto «cambio climático» como un conglomerado de efectos geofísicos relacionados entre sí a escala global. Pero en la medida en que estos mismos informes han servido para legitimar la transición al capitalismo verde global, han quedado desactivados en su potencia política. La consecuencia es que los informes del IPCC son inmejorables en lo que respecta a la descripción empírica de las consecuencias del «cambio climático», pero poco o nada tienen que decir con respecto a sus causas. El incremento constante de los niveles de gases de efecto invernadero en la atmósfera es una consecuencia de causas sistémicas mucho más profundas que la simple afirmación trivial e inoperante de su origen «humano».

A pesar del rotundo fracaso de todos los dispositivos políticos globales diseñados al efecto de intervenir sobre la crisis ecológica, las COP serían el mejor ejemplo de fracaso, muy especialmente sobre la crisis climática. La crisis ecológica no es menos global de lo que lo era cuando emergió el movimiento ecologista, de hecho, a la manera dialéctica, si la conciencia de la crisis forma parte de la propia crisis, nos encontramos en un momento incomparablemente más global de la crisis que en el largo '68 del siglo pasado. Y, sin embargo, en ninguna de las corrientes del ecologismo político encontramos nada cercano a una estrategia de la escala y

En realidad los 2° deberían no ser más de 1,5° según los propios criterios de las COP. Según las proyecciones de la COP, de aquí a 2030 habría que reducir un 45 % las emisiones de GEI para estar en algún camino remotamente cercano al límite de los 2° de calentamiento para 2100. Los escenarios del IPCC, dependientes de las COP, manejan que una continuación de las tendencias actuales (*business-as-usual*) supondría un calentamiento de una horquilla entre 2,6° y 4,8° por encima de los niveles preindustriales.

la ambición necesaria para afrontar la crisis ecológica global, incrementada en sus efectos visibles por el acelerador del cambio climático.

A modo de *disclaimer*, es importante especificar que las luchas ecologistas locales, las luchas concretas en un territorio concreto, no entran en este ámbito crítico. No porque no tengan importancia, que tienen mucha, sino porque, exitosas o no, no plantean un discurso de conjunto que pueda servir como guía estratégica global (cosa que tampoco es su cometido). Las luchas concretas contra tal o cual afección capitalista a un territorio concreto no son, *per se*, extrapolables a la construcción de un discurso antagonista global, de hecho en muchos casos son tan específicas como el territorio en el que se desarrollan.

El ejemplo más visible y desarrollado de luchas territoriales vertebradas es *Soulevements de la Terre* en Francia. Nacido en 2021 como forma de escalar el conflicto por la construcción del aeropuerto de Nantes sostenido por la ZAD de Notre Dame des Landes, este colectivo recombinate de otras luchas, sería un verdadero ejemplo de luchas ecologistas organizadas a partir de una alianza entre movimiento ecologista y agricultura politizada. El problema que dificulta la extensión de este modelo es que no existe una capa de agricultores politizados más allá de Francia. El conflicto de los agricultores no conformes con el control capitalista de la producción, ahora enmarcados en la *Confédération Paysanne* pero con origen en la particular transición francesa al capitalismo, ha hecho que este proceso de desmantelamiento de la agricultura tradicional haya sido en Francia mucho más problemático que en otros lugares.¹⁸

Evidentemente, la existencia de un frente de lucha agrícola abierto facilita el que las distintas oleadas de luchas por el territorio se enganchen a él para escalar el conflicto eco-social. Allí donde esa historia de luchas agrícolas no existe,

¹⁸ Un buen ejemplo de la idiosincrasia francesa sería la trayectoria del líder carismático de la *Confédération Paysanne*, José Bové: objetor de conciencia, formado en Berkeley, en los años setenta se lanza a la lucha política contra el *agribusiness* en el Midi francés y en 1987, diez años después, fruto de esas mismas luchas, funda el sindicato agrícola rebelde.

tampoco existe un enganche inmediato en el territorio que permita a los movimientos establecer alianzas tácticas y estratégicas de cierta solidez para ir más allá de las resistencias concretas y puntuales.¹⁹ En resumen, lejos de menospreciar el poder transformador local de estas experiencias de lucha territorial, lo que hoy no existe, y se necesita, es un hilo conductor que las haga replicables, adaptables y comunicables entre sí.

El Green New Deal y la perspectiva de la «gestión planetaria»

Hecha esta importante consideración previa, volvemos al fondo del asunto que aquí nos preocupa: el capital se ha apropiado del discurso ecologista para relanzar una acumulación de capital dañada por cuatro décadas de persistente exceso de capacidad, rentabilidad menguante y una crisis ecológica galopante. Los parámetros de la operación son tan descabellados como el propio capitalismo pospandémico en el que vivimos: el mismo modo de producción que ha destrozado el planeta en menos de doscientos años sería el modelo indicado para resolver esta misma crisis.

Para la cobertura teórica de esta operación, la nueva expertocracia verde moviliza los rescoldos ideológicos, más o menos calientes, de dos escuelas económicas de éxito en el siglo XX, el schumpeterianismo y el keynesianismo, que hoy aparecen revueltas y combinadas entre sí en diversas proporciones en el discurso de los defensores del Green New

¹⁹ Las luchas poco menos que heroicas contra la ganadería intensiva, en concreto, contra las macrogranjas en Castilla La Mancha, promovidas por una capa de propietarios agrícolas neocaciquiles, surgidos directamente del franquismo y refrendados por las subvenciones de la PAC, dan fe de esta diferencia con contextos donde al menos una capa de la población agrícola está poco menos que en permanente estado de movilización desde hace doscientos años, como es el caso de Francia. Plataformas como la Coordinadora Stop Ganadería Industrial en Toledo o Pueblos Vivos en Cuenca han mantenido una lucha constante en pueblos como Polán o Retamoso de la Jara en Toledo y Priego en Cuenca. Esta lucha ha estado en buena medida desatendida por algunas organizaciones ecologistas, que parecen priorizar enviar personas a las COP antes que hacer causa política central de la lucha contra las macrogranjas.

Deal (GND). Mientras el alma schumpeteriana del GND sostiene que solo la capacidad de innovación y emprendimiento del capitalismo puede producir las tecnologías necesarias para superar la crisis ecológica, el alma keynesiana del Green New Deal sostiene que debe ser el Estado quien relance el proceso desde los parámetros del multiplicador keynesiano. Una corriente de inversión estatal sostenida en las nuevas industrias verdes desatascará las resistencias del tejido productivo a la transformación y generará un ciclo virtuoso de la economía privada en el que crecimiento, productividad y descarbonización se unirán en un único y bello proceso.

Este híbrido, un tanto monstruoso, de schumpeterianismo con el Estado en el lugar del «emprendedor», y de keynesianismo pero sin multiplicador de la inversión,²⁰ solo puede existir con una perversa, pero intensa, tonalidad verde. Tras la muerte en cadena del «progreso», el «mercado» y la «socialdemocracia», y con el «crecimiento» como ideal renqueante, las élites capitalistas, con sus enormes conglomerados de instituciones de rango medio y de medios de comunicación a su servicio, necesitan vender algún «propósito» al mundo que no sea la elevación de sus tasas de beneficio o de retorno sobre la inversión. En este sentido, «descarbonizar» sería ahora el propósito de los capitalistas «buenos» a los que hay que premiar con grandes cantidades de inversión pública, dado que sus sectores de producción verde son incapaces de competir en el mercado contra la producción verde China.

Una vez se asume el punto de vista que podríamos llamar «del ingeniero jefe», el conflicto entre capital y «trama de la vida» no sería más que un asunto de «mala gestión» al que hay que contraponer la «buena gestión» ecológica que

²⁰ El multiplicador es una parte fundamental de la doctrina keynesiana y define cómo un aumento inicial del gasto público genera un efecto expansivo en la economía privada al convertirse en un ingreso para otros que, a su vez, aumentan su capacidad de consumo. En la situación actual y de forma específicamente referida al capitalismo verde, los multiplicadores de la inversión pública son muy bajos en comparación con los de la era de oro fordista que terminó en 1973. Los nuevos centros de la producción capitalista, China y la India tienen multiplicadores mucho más bajos de los que tenían la Europa del Plan Marshall o Estados Unidos en el New Deal.

defienden los organismos internacionales y la Unión Europea. Y para producir esta «buena gestión» se presenta ante el mundo una nueva expertocracia verde formada fundamentalmente por ingenieros, arquitectos, urbanistas, economistas, ambientólogos y, no pocos, sociólogos y politólogos reciclados, que aspiran a validar los nuevos procesos productivos, con las energías renovables, el vehículo eléctrico y la fiscalidad ambiental como banderas bajo la coartada, cada vez más dañada por la evidencia empírica, de que ese es el camino para revertir y superar la crisis climática.

Algo ha fallado en este planteamiento. La delegación en un capitalismo «bueno» para corregir sus propios efectos destructivos ha generado más capitalismo y más efectos destructivos. Poca sorpresa, el capitalismo ha hecho con la crisis climática lo único que sabe hacer: negocio. Y como tal, la rentabilidad de la operación Green New Deal se ha situado allí donde aún existe un capitalismo rentable: en Asia y, más concretamente, en China.²¹ Es decir, al menos en Europa y Estados Unidos, no va a generar ventajas competitivas, ni va a reanimar el crecimiento, mucho menos la productividad del trabajo, en horas bajas desde hace dos décadas. El «capitalismo verde», en su reciclaje en forma Green New Deal,²² ha demostrado ser perfectamente inútil para corregir el curso de la crisis climática. La dura evidencia señala que el creciente desarrollo y financiación de tecnologías verdes no ha supuesto una mejora suficiente de los niveles de emisiones, mucho menos de los niveles de concentración de CO₂. En el

²¹ El Informe Draghi, esa poco habitual muestra de honestidad en el reconocimiento de los muchos lastres económicos que arrastra la UE, reconoce claramente el dominio chino de las nuevas industrias verdes y abandona la quimera de un ciclo verde de crecimiento y productividad, que solo dos años antes había sido anunciado con trompetas y fanfarria con base en los fondos Next Generation, quizá una de las apuestas políticas de fondo que más rápido han quedado obsoletas en la historia reciente. Véase Isidro López, «El coche del pueblo, el Informe Draghi y la implosión de Alemania», *zonaestrategia.net*, 2024.

²² Antes del Green New Deal, muy parecidos planteamientos, si no los mismos, se publicitaron bajo la etiqueta *Empleo Verde* siguiendo el nombre de un informe pionero de la OIT. Véase ILO, *Green Jobs: Towards Decent Work in a Sustainable, Low-Carbon World*, 2008; disponible online.

caso concreto de la llamada «transición energética», los niveles de consumo de petróleo no han dejado de crecer desde 2020 y, además, se les ha sumado el crecimiento desorbitado del gran beneficiario de esta transición: el gas natural.

Todo esto coexiste con niveles récord de producción de energía mediante renovables, tanto solar como eólica, en Europa, Estados Unidos y Asia. Estos datos ponen encima de la mesa algo que se podía prever fácilmente desde un punto de vista teórico: la utilización creciente de energías renovables es el añadido que permite la reproducción ampliada del capital y no una sustitución de la producción y el consumo de energías fósiles y, *per se*, no produce transformación alguna en el modo de producción. Es decir, sin transformaciones en la estructura de poder global, poco cambia. Hacer hoy, como en 1973, de la extensión de las renovables una causa política del ecologismo es tan revolucionario o tan reformista, elíjase la categoría política del siglo XX que se prefiera, como estar a favor del desarrollo de la inteligencia artificial o de las criptomonedas. En el mejor de los casos, abanderar la causa de las renovables hoy es estar a favor del cambio tecnológico en general y, en el peor, una pérdida de tiempo que podría ser mejor empleado en la exploración de otras vías políticas para el ecologismo.

En este atolladero, el ecologismo político como fuerza autónoma capaz de generar conflicto político ha desaparecido de la escena global, aunque, como decíamos más arriba, siga vivo en algunas luchas locales, bien asentadas territorialmente. Sin embargo, es ahora cuando más necesitamos un ecologismo político anticapitalista que sirva de discurso de escala global para dar cobertura a las experiencias de transformación locales. Para que eso suceda, es necesaria la construcción de una crítica sistemática de lo que han sido los errores del ecologismo hasta hoy; esta construcción ya está de hecho en marcha y es a la que este artículo pretende contribuir. Pero de poco servirá esta crítica sin una práctica política encuadrada en las experiencias políticas locales realmente existentes que sea consciente de su carácter imbricado en procesos de orden global. Sin que surjan movimientos y luchas dispuestos a superarlos de poco sirve señalar los

múltiples cuellos de botella que hoy impiden el avance hacia una nueva ecología política medianamente capaz de declinar lo global en lo local y de cuestionar y enriquecer el discurso global mediante la experiencia local.

El decrecimiento y el eterno retorno del maltusianismo

El fracaso visible de esta táctica, conveniente para gobiernos, capital y expertocracia, trae de nuevo a primer plano las distintas versiones del sempiterno «mal maltusiano» del ecologismo: la escasez, el exceso de población, el exceso de consumo, el «no hay para todos» y, sobre todo, a falta de línea política, los mandatos morales y personales. Cualquier forma de planteamiento de la crisis ecológica como resultado de la sobrepoblación («sobra gente») o el sobreconsumo («todos somos responsables») es de origen maltusiano. Estas formas se caracterizan por 1) ser persistentes y endémicas en el ecologismo sobre todo cuando está en horas bajas y 2) ocultar la centralidad del conflicto entre el capital y los ecosistemas. Si tomamos 1972 con la publicación de la biblia maltusiana *Los límites del crecimiento* por parte del muy elitista Club de Roma, como momento de irrupción de la crisis energética y ecológica, podemos decir que llevamos cincuenta años de llamadas al «autocontrol», la «responsabilidad individual» y el «consumo responsable» que realmente lo único que han logrado es tapar el carácter necesariamente anticapitalista de las luchas ecologistas. En cuanto a la «sobrepoblación», motivo unitario del ecologismo conservador y reaccionario, cabe señalar que normalmente quienes enuncian que «sobra gente» piensan que quienes «sobran» son otros.

El decrecimiento es la orientación política actual que recoge la larga herencia maltusiana. Figuras tan centrales para el decrecentismo como el economista ecológico Herman Daly, autor de la famosa perogrullada maltusiana que ha fascinado a generaciones de economistas académicos bienintencionados («el crecimiento infinito es imposible en un mundo finito»), son transmisoras de lo peor de la herencia maltusiana. La famosa economía de «estado estacionario» propuesta por Herman Daly como objetivo final del decrecimiento se desarrolla necesariamente en un modelo de Estado racista con las

fronteras cerradas a la inmigración, bastante parecido al que defienden Donald Trump y la ultraderecha europea. En un momento histórico en el que la lucha central a nivel global ya se está perfilando como una lucha por el derecho de las personas del Sur global a participar, mediante la migración, de la riqueza que tanto Europa como Estados Unidos han acumulado en su territorio gracias al saqueo colonial e imperialista del mundo entero, defender una población en estado estacionario dentro de las fronteras de los Estados nación es simplemente una posición tan racista y etnocéntrica como pueda ser la del Front National, Alternative für Deutschland o UKIP.

Tras informarnos de que hemos leído mal a Malthus, que no quería el decrecimiento sino el crecimiento, Giorgos Kallis, una de las voces «autorizadas» del nuevo decrecentismo, rechaza la acusación de que el decrecimiento sea una variante del maltusianismo:

La llamada a la «autolimitación» es diferente de las visiones (neo)malthusianas que entienden los límites como una propiedad natural del mundo. La atmósfera no es un «sumidero» limitado (qué forma tan terrible de pensar sobre el cielo) —somos nosotros quienes debemos limitar las emisiones para no arruinar el clima. El límite está en nosotros, no en el cielo. No existen «límites naturales» que nos obliguen a hacer esto o aquello. Existe un imperativo ético y político para no hacerlo: para no hacer todo lo que se puede hacer, para no destruir la belleza que hemos heredado. La autolimitación, tal como yo la entiendo, no se trata de restringir, sino de definir colectivamente como sociedades nuestros límites. La autolimitación colectiva es la esencia de la democracia.²³

Evidentemente, el neomaltusianismo de hoy tiene mucho más que ver con el Club de Roma y Herman Daly que con los escritos del clérigo Thomas Malthus. Salvada la banalidad (los límites son autoimpuestos y no exteriores, y mejor

²³ G. Kallis, «Defending degrowth is not malthusian», *Degrowth.info*, octubre de 2019; disponible online.

límites autoimpuestos democráticamente que externos), si consideramos el decrecimiento como una opción política a la manera en que lo defienden Kallis y sus partidarios, lo que encontramos es una serie de proposiciones de políticas públicas decrecentistas que pasan totalmente por alto el problema de que el capitalismo además de un modelo económico es, fundamentalmente, un régimen de poder y jerarquía sobre personas, animales, plantas y ecosistemas. Parafraseando a Karl Marx, el resultado final del proceso de producción capitalista es la reproducción del burgués de un lado y del obrero de otro. Cámbiese burgués y obrero por la clase dominante y la dominada.

Quizá este paso por alto del problema político central del capitalismo es el que ha permitido que Kallis y su equipo reciban 10 millones de euros de una beca Synergy del Consejo de Investigación Europeo para hacer operativo el decrecimiento en términos de políticas públicas y de reducción de costes; también que los decrecentistas puedan disputar el aparato de Estado a los partidarios del Green New Deal, algo que dará color a la nueva expertocracia, pero no va a servir para gran cosa en la superación de la crisis ecológica.

De éxito táctico en éxito táctico hasta el fracaso estratégico

Cuando se produjo la emergencia del cambio climático, entonces conocido como calentamiento global, en la segunda mitad de los años ochenta, el movimiento ecologista ya llevaba más de una década desarrollando la crítica de la crisis energética y apuntando a las energías renovables, entonces llamadas alternativas, como forma de ir más allá de la dependencia del petróleo y el gas natural. La irrupción desde principios de los años noventa del cambio climático como fenómeno unificador de todas las variantes de la crisis ecológica, simplemente incorporó los elementos de la crisis energética ya existentes al recetario del nuevo fenómeno del cambio climático. La reclamación de más energías renovables pasó a ser la conclusión inevitable de toda campaña de concienciación del cambio climático como fenómeno. Hoy en día ese vínculo se ha hecho sentido común hasta el punto

de que cualquier análisis o comentario «experto» acerca de cualquier fenómeno meteorológico extremo termina con una reivindicación de las energías renovables. Desde el punto de vista de una política ecologista antagonista, reivindicar hoy en día el desarrollo de las energías renovables no tiene más sentido que alimentar cualquier cambio tecnológico producido por el capitalismo en general. De alguna manera, el objetivo táctico inicial se ha cumplido con creces, las energías renovables han sido plenamente adoptadas por el capital como fórmula de reducción de costes energéticos, pero el objetivo estratégico final, a saber, detener la marcha del cambio climático, ha fracasado. Algo parecido sucede con la «concienciación» como elemento táctico de las campañas ecologistas. La táctica principal, aunque no la única, de todos los ecologismos, de orientación institucional o no ha sido la «concienciación» de la opinión pública, gobiernos y opinadores profesionales. En ese sentido, estamos en un momento histórico máximo de «concienciación», de hecho, la clase capitalista global hoy habla el lenguaje de la «concienciación». Sin embargo, lejos de resolverse, la crisis ecológica no deja de agravarse.

Este fracaso y la impotencia actual del ecologismo como movimiento, lejos de ser un problema de falta de «voluntad», o «de compromiso insuficiente», proviene de los efectos de un largo proceso de absorción y cooptación de su rama lobista y de lo que fueron sus extensiones en los parlamentos y las elecciones: los partidos verdes. Esta cooptación se ha venido produciendo en primer lugar por parte de todo tipo de instituciones tanto nacionales como transnacionales, bajo una primera forma de *lobbies* expertos incorporados a los organismos de gobierno y, después, directamente incrustada en la nueva ideología «verde» de los gestores estatales.

En la última década, y muy especialmente, desde la pandemia del covid-19, los efectos incrementados de la crisis climática se han instalado con fuerza en el imaginario social. Hoy prácticamente nadie, en lugar alguno del mundo, desconoce los elementos que componen la narración acerca de los efectos del cambio climático: subida de las temperaturas, subida del nivel del mar, olas de calor, incendios forestales

o inundaciones repentinas debidas a precipitaciones torrenciales son ya fenómenos que necesariamente obligan a afirmar o negar la existencia del cambio climático en tanto objeto político ya que como fenómeno biofísico no es realmente refutable.

En el caso de Europa, apenas hay discusión, según el último Eurobarómetro de 2025, un 85 % de los encuestados decía considerar el cambio climático como un «problema serio». En Estados Unidos, las actitudes ante el cambio climático están plenamente sujetas a la guerra cultural que enfrenta en casi todos los frentes al trumpismo MAGA contra lo «woke»: los números de aquellos que consideran que se está haciendo demasiado poco contra el cambio climático bajan hasta el 56 %, y un tercio de los encuestados niega que el cambio climático tenga origen «humano».

Sin embargo, es un error político grave pensar que este tercio «negacionista» de la población norteamericana necesita más concienciación y conocimiento acerca de los efectos del cambio climático. En el terreno de la «guerra cultural» realmente lo único que importa es que negando las consecuencias sociales y económicas del cambio climático, se proporciona un golpe al «wokismo» y sus «élites» expertas y que, a la inversa, afirmándolo se quita el suelo político compuesto de combustibles fósiles a la base MAGA de Donald Trump. Pecar de inocencia y pensar que difundir la «verdad científica» va a generar una mayor masa crítica a favor del Green New Deal, en una época de guerra cultural generalizada, se paga con una acomodación del discurso ecologista al empaque global permanente entre «fachas» y «progres», «MAGAs» y «wokes». El cambio climático se convierte en un ítem divisivo más, de los muchos que delimitan la frontera entre «ellos» y «nosotros», reproducido y ampliado por los algoritmos en las redes; aquí el discurso de «concienciación» se queda estancado y se vuelve autocomplaciente, denunciando el «creciente negacionismo» en un entorno político y comunicativo más caracterizado por una competición creciente en cinismo que por la ignorancia de los resultados de la ciencia basada en datos.

Green Old Deal: el capitalismo verde ya es el capitalismo a secas

Tanto las agencias capitalistas —financieras o industriales— como los Estados a distintas escalas se presentan como actores clave en esta peculiar operación de autorrescate del capital, que tendría como efecto colateral la preservación de la vida humana en la Tierra. Ni el capital ni los gobiernos encuentran obstáculos significativos para moverse dentro de este marco discursivo, ni para manipular las principales lógicas políticas impulsadas por el ecologismo durante décadas.

Durante la pandemia, las finanzas comprendieron que su hegemonía en el capitalismo actual depende de su capacidad para convertir la transición ecológica y el capitalismo verde en activos negociables en los mercados. Apostar por lo verde —aunque sea de manera relativa— les permite distanciarse parcialmente del neoliberalismo en decadencia y diversificar su portafolio discursivo, reduciendo así riesgos, sin necesidad de dejar de invertir en combustibles fósiles, producción de armas, en el genocidio de Gaza o en explotación infantil en Asia.

Básicamente, si los Estados adoptan el lenguaje del capitalismo verde, también lo hacen las entidades financieras privadas que controlan, y aspiran a seguir controlando, tanto la inversión como la deuda pública. Las finanzas han reubicado sus nichos de ganancias extraordinarias en los mercados de energía y materias primas, reorganizados a partir de los mercados de gas y emisiones de carbono, que hoy son el núcleo del capitalismo verde realmente existente. Este proceso se beneficia de la confusión generalizada que equipara los precios con señales claras de escasez o abundancia física —una idea de origen maltusiano promovida por buena parte del ecologismo—. Dicha confusión permite a los actores financieros inflar márgenes cuando los mercados anticipan futuras carencias. Cada convulsión en estos mercados desencadena oleadas de encarecimiento, no solo de los insumos capitalistas, sino también de productos básicos para la vida, manifestándose como la cara más visible de la crisis inflacionaria necesaria para sostener la rentabilidad financiera.

El capitalismo verde no arregla la crisis climática, y tampoco genera la suficiente masa de beneficio como para sacar

al mundo capitalista de la crisis de sobreproducción permanente, pero regula la distribución de riqueza y jerarquía entre Estados y élites capitalistas rivales. El declive de Europa y en menor medida de Estados Unidos, como polos más afectados por la crisis de sobreproducción crónica y el estancamiento secular de la productividad laboral, les impide desarrollar ventajas competitivas en el capitalismo verde. China, en cambio, domina casi por completo las industrias clave de este nuevo modelo —con las energías renovables y el vehículo eléctrico como estandartes—, dejando claro que estos sectores están sujetos a su hegemonía productiva igual que cualquier otro.

Los datos que soportan esta afirmación son abrumadores: China produce aproximadamente el 80 % de los paneles solares mundiales y domina las cadenas de suministro críticas, desde el polisilicio hasta las obleas. En 2023, esta supremacía se amplió aún más con la adición de 340 GW de nueva capacidad de producción de polisilicio y 300 GW para módulos solares. Esta expansión masiva deja muy atrás la capacidad de producción de cualquier otro país. A pesar de que, como sucede en muchos otros sitios, la integración del flujo de renovables a la red es aún un asunto pendiente, en el primer semestre de 2025 la generación renovable creció un 23 % interanual.

En el otro gran frente del Green New Deal, el vehículo eléctrico (VE), el dominio chino es igualmente abrumador. En el primer semestre de 2025, los nuevos vehículos eléctricos representaron el 50,1 % de todas las ventas de vehículos de pasajeros, un aumento significativo frente al 41,7 % de 2024. Dentro de esta categoría, los vehículos eléctricos puros lideraron el crecimiento con un 37,6 % interanual, superando a los híbridos enchufables, que crecieron un 26,5 %. En total, se vendieron 3,33 millones de unidades de vehículos eléctricos puros. China no solo domina su mercado interno, sino que se consolida como una potencia exportadora. Exportó 1,06 millones de vehículos eléctricos en el primer semestre de 2025, lo que representa un crecimiento del 74,3 % interanual. Estas exportaciones equivalen al 15 % de sus ventas totales de vehículos eléctricos. En la producción de baterías su dominio es igualmente absoluto. En el primer semestre de 2025, China fabricó 697,3 GWh de baterías, un aumento del 62,2 % respecto

al mismo periodo del año anterior. Dos compañías, CATL (con el 44,3 % de cuota de mercado) y BYD (con el 21,8 %), lideran este sector. Las baterías de fosfato de hierro y litio (LFP), más económicas y seguras, dominan claramente el mercado chino, con el 81,4 % de las instalaciones en VE, mientras las baterías ternarias (NMC) pierden participación.

Las nuevas industrias verdes son ya un motor fundamental de la economía china. En 2023, contribuyeron con el 40 % del crecimiento total del PIB del país. La inversión en estas industrias alcanzó los 890.000 millones de dólares, una cifra que casi iguala las inversiones globales en combustibles fósiles. En concreto, las industrias solares, de VE y de baterías —conocidas como las «tres nuevas»— atrajeron una inversión manufacturera de 350.000 millones de dólares en 2023. El liderazgo tecnológico se traduce en poder geopolítico. China controla la producción de imanes de tierras raras, componentes esenciales para los motores de los VE y las turbinas eólicas, y ha implementado restricciones a su exportación para salvaguardar su dominio. Además, su capacidad para reducir costos le da una ventaja competitiva insuperable; por ejemplo, sus paneles solares eran en 2023 un 42 % más baratos que los precios globales de 2022, lo que deja en clara desventaja a los fabricantes de otros países.

Queda claro que lejos de los discursos triunfalistas sobre reindustrialización y re-empleo masivo «sostenible», la realidad es una pugna entre EEUU y Europa por las migajas que deja China. En este contexto, el giro proteccionista de la administración Biden con la *Inflation Reduction Act* (IRA) —que movilizó subsidios muy superiores a los fondos Next Generation de la UE— reforzaba la posición subalterna de Europa en el reparto de futuros nichos de acumulación. La IRA, junto a medidas como la CHIPS Act, representaron la mayor intervención industrial en décadas en EEUU, articulando las llamadas *Bidenomics*: casi 800.000 millones en inversiones verdes para una «transición justa» hacia la descarbonización. Aunque su objetivo es análogo al plan europeo, la IRA destinó más recursos a industrias emergentes, buscando ventajas competitivas pese a la subordinación común frente a China. Este giro marcó un hito, pues el discurso del capitalismo

verde —aunque no su implementación— había sido patrimonio europeo durante treinta años. La visión de una economía basada en renovables, vehículos eléctricos y fiscalidad ecológica fue novedosa en EEUU, donde el severo desmantelamiento neoliberal de infraestructuras públicas facilita políticas neokeynesianas de reconstrucción. No obstante, como agudamente señalaron Brenner y Riley,²⁴ tras cuarenta años de sobrecapacidad industrial, este resurgimiento estatal no fue secundado por el sector privado ni revivió la socialdemocracia como aglutinante social. Lejos de eso, trajo un segundo mandato de Donald Trump, que se ha desenganchado de la pelea global por el control del capitalismo verde, que es fundamentalmente chino, y ha optado por poner toda la presión competitiva en el régimen arancelario, las ventas de gas natural licuado a medio mundo, así como el desarrollo de la inteligencia artificial como enganche para una nueva burbuja bursátil americana que no termina de llegar.

Visto desde este punto de vista, el show global de Trump es una escenificación, con una gran fanfarria «negacionista», encajada en el relato cínico de la guerra cultural,²⁵ que delata, por un lado, la incapacidad de EEUU para competir en las nuevas industrias verdes; y, por otro, la incapacidad del modelo de neokeynesianismo verde de las *Bidenomics* para traducir la inversión pública en una nueva socialdemocracia industrial verde que aglutine lo que la guerra cultural permanente ha dividido. Es decir, como anticiparon Brenner y Riley,

²⁴ Los debates sobre la eficacia política de las *Bidenomics* se pueden encontrar en la recopilación de textos VVAA, *Sobre el capitalismo político: el nuevo debate Brenner*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2024.

²⁵ La orden ejecutiva del gobierno de Donald Trump al respecto comienza así: «Estados Unidos está bendecido con una abundancia de energía y recursos naturales que históricamente han impulsado la prosperidad económica de nuestra nación. En años recientes, regulaciones onerosas y motivadas ideológicamente han impedido el desarrollo de estos recursos, limitado la generación de electricidad confiable y asequible, reducido la creación de empleo e infligido altos costos de energía a nuestros ciudadanos. Estos altos costos de energía devastan a los consumidores estadounidenses al aumentar el costo del transporte, la calefacción, los servicios públicos, la agricultura y la manufactura, mientras debilitan nuestra seguridad nacional»; puede leerse en <https://www.whitehouse.gov/presidential-actions/2025/01/unleashing-american-energy/>

la lectura bidenista del Green New Deal solo le sirvió, en este marco político, a la clientela política formada por las nuevas clases profesionales verdes, y sus aliados en las clases profesionales norteamericanas.

Europa, ahora golpeada por el furor arancelario trumpista, es claramente la perdedora en esta transformación, y ve cómo su apuesta industrial verde deriva rápidamente en excesos de capacidad y una nueva ola de desindustrialización, con el sector automotriz como epicentro. La otrora invencible industria exportadora alemana —y su red de subcontratación— sufre golpes que parecen irreversibles, pese a los masivos rescates estatales. Paradójicamente, esta crisis coincide con los mayores niveles de inversión europea en las nuevas industrias verdes,²⁶ donde se esperaba un auge de sectores punteros, pero emerge un vacío de crecimiento y productividad. La UE ha reconocido este fracaso en el Informe Draghi, apenas cuatro años después de presentar los fondos Next Generation como la llave para el liderazgo en industrias limpias y empleo cualificado.

La guerra en Ucrania permitió a EEUU asestar un golpe estratégico a Alemania, relegándola a su rol de potencia regional. La imposición de comprar gas natural licuado estadounidense (LNG) —más caro que el ruso— desencadenó una crisis energética que evidenció la ceguera de las élites germanas: obsesionadas con la austeridad para el sur

²⁶ Como Pedro Ramiro ha señalado, acertadamente, en esta misma revista, el capitalismo verde europeo sería «verde oliva» en el sentido de que tanto la industria armamentística como el aparato securitario relacionado con el control de las fronteras y un nuevo extractivismo neocolonial forman parte del modelo europeo; véase «Ecologismo, internacionalismo y lucha de clases contra la Europa fortaleza», *Cuadernos de Estrategia. El declive del neoliberalismo*, núm. 2, 2024; disponible online. También en un artículo anterior de Pedro Ramiro junto a Erika González en *Viento Sur* se sostiene parecida hipótesis, véase «Global Gateway: alianzas público-privadas para el control de fronteras y el extractivismo neocolonial», *Viento Sur*, 2024; disponible online. Cabría debatir acerca de la naturaleza de emergencia de los apéndices militar-securitario-extractivistas como nichos de negocio «de consolación» ante el espectacular fracaso económico de la estrategia 2030, de los fondos Next Generation, y de todo el proyecto de capitalismo verde liderado por una Europa «rica en valores morales».

europeo mientras exportaban bienes de capital a China, que aceleraron su propio declive. Esta crisis alemana de 2022 ha provocado una respuesta muy diferente a la de 2008: relajar el déficit e inyectar gasto público, mientras la UE, atrapada entre el infierno arancelario trumpista y la hegemonía china en la producción, intenta un proteccionismo tardío contra los vehículos eléctricos chinos —los mismos que prometían coronar a Europa como líder automotriz—.

Los «ganadores» de esta fase —China y Asia en general— heredan un capitalismo incapaz de generar ciclos de crecimiento como los de la edad dorada de la hegemonía norteamericana después de la Segunda Guerra Mundial. El exceso de capacidad global también limita su expansión, pese a la resistencia de su mercado interno a los flujos financieros occidentales. Los futuros ciclos probablemente consolidarán desigualdades en Asia, con migración de mano de obra excedente hacia Occidente, en lugar de construir Estados de bienestar al estilo europeo. De hecho, son los mercados de trabajo europeos, tras innumerables rondas de desregulación, los que cada vez se asemejan más a la temporalidad generalizada de los países del Sur global.

Atrapados entre la expertocracia y la «responsabilidad individual»

La nueva expertocracia verde²⁷ habla desde distintas posiciones dentro del aparato de Estado, ya sean desde posiciones

²⁷ Un buen ejemplo de la abducción institucional de quienes se supone voz cualificada del ecologismo «serio» sería el artículo-panegírico a favor del gobierno del PSOE, y más en concreto de Teresa Ribera, por parte de Emilio Santiago Muíño, Héctor Tejero y Xan López. En este artículo abogan por aún más integración en aparato de Estado, como forma de alcanzar los mismos objetivos cuantificados que ponen encima de la mesa las agencias estatales y transnacionales desde hace treinta años, sin que haya revisión crítica alguna acerca de los principios que los sostienen; de igual forma, por lo tanto, en que la expertocracia verde viene revisando las baterías de indicadores dispuestas por organismos y gobiernos desde una óptica cuantitativa sin que el propio sistema de seguimiento, mucho menos los objetivos, sean cuestionados. Véase S. Muíño, H. Tejero y X. López, «The Green New Deal: A Bitter Victory or a Sweet Defeat?», *Green European Journal*, 2025; disponible online.

funcionariales propiamente dichas, desde la universidad o en la creciente galaxia de distintas consultoras y certificadoras externalizadas compuesta por pequeñas empresas y ONG, siempre a la espera de la obtención, directa o indirecta, de contratos públicos. En muchos casos, el reclutamiento de esta nueva capa de jóvenes profesionales verdes se produce en las filas de los movimientos ecologistas que, a su vez, tienden a convertirse en la incubadora de estas nuevas clases profesionales verdes. El efecto de este proceso es demoledor para la construcción de un nuevo discurso de la ecología política que proceda de la práctica real del conflicto. Y, sin embargo, favorece los debates inútiles y narcisistas entre expertos, académicos y opinadores acerca del futuro del mundo y del cambio climático.

De manera complementaria, y solo en ocasiones opuesta, la alternativa al modelo de la demanda tecnocrática al Estado parece ser un activismo que podríamos llamar de estilo de vida, que apenas funciona más que como agregador de decisiones morales y de consumo, siempre individuales. Básicamente, el discurso ecologista, desde los años sesenta, con contadas excepciones, ha utilizado alguna forma de responsabilidad «humana» para señalar las causas y remedios de la crisis. Esto es visible en el uso de una forma gramatical propia, la «primera persona del plural ecologista»: «Nuestro consumo de materiales», «nuestra huella ecológica», «nuestro modo de vida insostenible». Estas metáforas, bajo su aparente universalismo, ocultan un velo de ignorancia interesada que beneficia al capital y reproduce el orden de desigualdad y explotación.

Las continuas llamadas a la contención y a la responsabilidad moral frente a la crisis climática, profundizan la impotencia política y santifican las salidas personales. Quienes sostienen que todos somos responsables, o promueven gestos cívicos individuales (reciclaje, reducir el consumo de carne, comprar coches eléctricos), no solo están equivocados, sino que obstaculizan la única transformación a la altura del problema: ganar la batalla política, derrocar a las élites realmente existentes para salir del capitalismo hacia otros modelos económicos y ecológicos. En otras palabras, no hay soluciones personales a la crisis.

La política ecologista realmente existente nunca ha realizado una crítica materialista de sus propios principios. En lugar de autoevaluarse, ha insistido en la «concienciación» y la lucha contra el «negacionismo». Hoy incluso movimientos juveniles como Extinction Rebellion²⁸, Letzte Generation o Just Stop Oil, que sin duda aportan energía y compromiso, se apuntan sin problemas al discurso inoperante y autocomplaciente del ecologismo realmente existente.

Como ejemplo, el manifiesto de XR *This is an Emergency* de 2020 cae en casi todos los tópicos señalados en este artículo acerca del «sobreconsumo», la «concienciación», la «inacción de los Estados», el «compromiso moral». Estos ítems ideológicos, o la confianza en que los responsables políticos y los Estados pueden hacer lo «correcto» si se hace el suficiente lobismo, son lastres considerables que sabotean la energía juvenil y el deseo genuino de transformación de estos nuevos movimientos. Quizá aquí la conclusión no sea tanto que XR es un colectivo neomaltusiano cuanto que, en ausencia de un discurso analítico propio, el maltusianismo es el lenguaje por defecto de los colectivos ecologistas.

Ningún desastre es «natural»: lucha ecológica y lucha de clase

La crisis ecológica, y por extensión, la crisis climática, son el resultado del despliegue histórico y territorial de las relaciones capitalistas de producción. Esto significa que la crisis ecológica no está causada por el Hombre sino por el Capital. La crisis no es culpa de la «especie humana», de hecho, si algo caracteriza a esta peculiar especie es que siempre hay que aclarar si nos referimos a la «especie humana que manda» o la «especie humana que es mandada» porque los intereses de los «humanos que mandan» no son los mismos que los de los «humanos que no mandan», de hecho son antagónicos. Y para complicar aún más las cosas, entre los humanos el poder es relacional y posicional, es decir, se constituye a través de jerarquías atravesadas por la riqueza, el dinero, la raza, el

²⁸ A. Lowe, «Tell the Truth», *XR fundamentals*, 11 de diciembre de 2020; disponible online en <https://rebellion.global/blog/2020/12/11/tell-the-truth/>

género, la nacionalidad, el capital cultural o la inserción en el aparato de Estado. Cuando se afirma, de una u otra forma, que la especie humana es responsable de la crisis ecológica se borran de un plumazo todas estas distinciones, y, por lo tanto, simplemente, se legitima el *statu quo*.

Las consecuencias políticas de esta declaración, aparentemente teórica, son profundas. Los fundamentos históricos y políticos del ecologismo dominante oscurecen el origen capitalista de la crisis, reemplazándolo por una ideología de gestión planetaria y responsabilidad personal. Estas ideologías, al reproducir las estructuras de poder existentes, profundizan la crisis en lugar de resolverla. Frente a las visiones que idealizan una «naturaleza» prístina que, dañada por el «Hombre», estaría llevando a cabo su venganza, hay que repetir que la crisis es producto de las relaciones históricas de explotación que suceden en una espacialidad y territorialidad determinada por este mismo proceso de expansión capitalista.

Esta fase de la crisis ecológica es la crisis terminal del capitalismo. No es una parte, ni siquiera una intersección entre «ecología» y «economía», es, literalmente, la misma crisis. Cada ciclo de acumulación capitalista genera un «arreglo ecológico» a su medida, que luego deviene un obstáculo para el siguiente ciclo. Así, el capitalismo no solo explota personas, sino también ecosistemas. Desde el siglo XVI, la expansión capitalista ha dependido de fronteras mercantiles: territorios de donde se extraen lo que Jason Moore denomina los «Cuatro Baratos» (trabajo, energía, alimentos y materias primas). Pero hoy, esas fronteras se agotan. No hay nuevas «Naturalezas Baratas» que puedan salvar al capitalismo de su crisis de sobreacumulación. En ese sentido, decimos que la crisis del capitalismo es terminal, pero lo que venga después depende en gran parte de lo que políticamente se haga ahora. No podemos ofrecer ninguna receta fácil para detener una crisis climática y ecológica simplemente irresolubles en los términos de la discusión política actual, pero, al menos, sí se pueden abandonar lo que ya son los lugares comunes del poder capitalista, tales como que las energías renovables o los vehículos eléctricos son causas que el ecologismo debe

hacer suyas si quiere salvar el planeta. Tampoco ningún tipo de solución «ética» decrecentista puede servir más que para la autocomplacencia de la salvación personal.

Que el ecologismo político esté sirviendo para lo contrario de lo que predica —agravando la crisis en lugar de resolverla— se debe, en parte, a la ceguera política de muchos científicos involucrados en el tema. Siguiendo una distinción clásica de la epistemología marxista, la diferencia entre la práctica científica real (basada en métodos rigurosos) y la ideología de la ciencia (los discursos que reproducen los científicos al «tomar partido»), cuando estos hablan de la crisis en términos de «humanidad» versus «naturaleza», están haciendo ideología, justificando indirectamente el orden capitalista. Como sostienen tanto Moore como Malm, un ejemplo claro es el término «Antropoceno». Surgido de estudios geológicos sobre marcas estratigráficas de origen humano, este concepto se ha popularizado como una narrativa que atribuye la crisis a la «humanidad» en abstracto. Pero «humanidad» no es un sujeto político real: no existe una instancia llamada «humanidad» que tome decisiones colectivas. En cambio, sí existen clases sociales, Estados y grandes empresas que impulsan la acumulación de capital. Por eso, la crisis no es del «Antropoceno», es la crisis del capital, y no está causada por el «Hombre», sino por el capital y sus jerarquías de poder.

Ir más allá del capitalismo, con su dominación de clase, generizada y racializada, es la única manera de superar la crisis ecológica. Esto requiere abandonar la ilusión de que el Estado o las elecciones individuales de consumo pueden resolver el problema. Propuestas como el Green New Deal o el decrecimiento, aunque parezcan opuestas, comparten un error: ambas confían en mecanismos capitalistas (regulación estatal o consumo «responsable») en lugar de desafiar, aunque sea en primer lugar en sus discursos, proclamas y exigencias, el poder del capital directamente.

Los efectos de la crisis climática no pueden atribuirse solo a los «negacionistas» o a la «inacción de los Estados» sino también a quienes han legitimado instituciones como las cumbres climáticas y los mercados de carbono, creyendo, de la manera más *naïf* posible, que los Estados capitalistas

son entidades neutras sujetas a un juego de fuerzas en el que se puede ganar. Y en este juego, los «científicos» con sus datos y su método tendrían sus cartas que jugar para persuadir a los Estados para que hagan lo correcto y no se dejen influenciar por los intereses de las grandes empresas. Todo este discurso es hoy perfectamente inútil, los Estados capitalistas ya han escuchado a sus concienciadores ecologistas y han fabricado las distintas versiones del capitalismo verde como consecuencia de haber «escuchado» a los científicos. Pedir más Green New Deal puede servir a las luchas internas por el aparato de Estado de las nuevas élites profesionales, pero desde luego empuja en la dirección contraria de una vía política medianamente transformadora.

Esto no significa una aceptación pasiva del colapso sino la marca de una encrucijada histórica: el paso de un mundo organizado y explotado enteramente conforme a la ley del valor, a otro orden centrado en la emancipación de las clases oprimidas y los ecosistemas en los que esas clases viven, depende de la capacidad de los movimientos para organizar la subversión. La lucha ecológica y la lucha de clase son la misma batalla contra un mismo poder que explota y domina tanto a la Tierra como a sus criaturas, entre las que se encuentran, de modo peculiar en el mundo físico, las clases dominantes y dominadas. Podemos pensar con razón que ese mundo no se ve aún por ningún sitio pero quizá, si rescatamos la ecología política del olvido actual y comenzamos a analizar nuestro mundo conforme a las tres ecologías que defendía Félix Guattari —ambiental, social y mental—, podremos entrever caminos que hoy parecen imposibles para la práctica política. La experiencia histórica muestra que cuanto más cerrados al cambio parecen los sistemas de dominio más daño les puede hacer una simple fractura política si está bien dirigida.

Suscríbete

a Zona de Estrategia

Cuadernos de Estrategia son los monográficos de la revista online *Zona de Estrategia* / zonaestrategia.net. ZE pretende agitar la crítica, impulsar políticas autónomas y promover análisis e investigaciones militantes construidas desde las luchas, desde el conflicto y desde la crítica situada y en tiempo real.

ZE es un espacio de debate activo. Todas nuestras publicaciones están abiertas al público pero, para liberarlas y sostener el proyecto, necesitamos tu apoyo.

Suscríbete a la revista por 50 euros al año y

- **Haz posible la publicación** online de artículos de análisis, crítica, estrategia y pensamiento autónomo en ZE

- **Recibe en casa los monográficos** *Cuadernos de Estrategia* en formato papel (2/3 al año); con la suscripción recibirás el número actual y el anterior y podrás acceder con descuento a todos los números anteriores

1. El retorno de la normalidad. Del 15M a los gobiernos progresistas
2. El declive del neoliberalismo. La crisis de la solución a la crisis
3. El sentido común punitivo. Debates y resistencias desde los movimientos
4. Crítica de los movimientos sociales. Clase e identidad en el neoliberalismo

- **Recibe invitaciones** para participar en presentaciones, debates presenciales, seminarios y foros por todo el Estado.

Modalidad de suscripción anual

- ☐ Tarifa precaria 35€/anual ☐ Tarifa normal 50€/anual ☐ Tarifa apoyo/instituciones o colectivos 90 €



Para suscribirte, rellena el formulario en la web
o escríbenos a info@zonaestrategia.net